

formidable bajo tantos conceptos, se perciben aspectos deficientes, como sus arbitrarias divagaciones musicales y el conjunto desgraciado de sus relatos. Pasados cuarenta años encontramos exageradas y en franco desacuerdo con su sentido crítico algunas de sus apreciaciones literarias, y ciertas frases suyas como la de atribuir «el culto actual de Stendhal, psicólogo y novelista, al esnobismo de nuestra generación», nos parece reñidas con la justeza de juicio que poco antes hemos señalado. Su humor agresivo y su tendencia a la diatriba, le hicieron abusar, en ocasiones, de esa posición de *Summus Magister* que aquí, espontáneamente, se le acordó. Con respecto a las cosas de este país, a cuya formación intelectual contribuyera en mayor grado que nadie, fue un tanto agrio y un sí es no es despectivo. Era, ante todo, francés y, como le sucede a la mayoría de los cerebros superiores, tenía plena conciencia de su capacidad. Quizás el recuerdo de Francia y la imagen de una nombradía más universal y perdurable que la que aquí podía serle ofrecida, enturbiara sus sentimientos hacia nosotros. Ligado a la Argentina por vínculos indisolubles, materiales y afectivos, sobre él obraron como fuerzas iguales y contrarias la nostalgia de su propia patria y el apego a esta otra que tan hospitalariamente lo acogió. Sin saber por qué, nos viene al oído cierta vieja romanza francesa que pone en música estos ingenuos versos de Delfina Gay:

Si je n'étais captive
j'aimerais ce pays
et cette mer plaintive
et ces champs de maïs.

No es el caso de reprocharle su actitud, tan humana, por otra parte, ni de poner en duda el afecto de que tantas pruebas nos dio. No le echemos en cara, inconscientes de su verdadero espíritu trabajado a la vez por sentimientos poderosos y opuestos, no haber adquirido lo que él llamaba «una ubicua ciudadanía»... Haciendo el elogio de Alcibíades, Eurípides dijo que al hombre, para ser feliz, le había de caber en suerte haber nacido en una ciudad ilustre. El caso de Groussac prueba lo temerario de su afirmación. Sin embargo, hasta el final, él ejerció con orgullo ese legítimo derecho, y su acendrado patriotismo, que en lugar de disminuir pareció fortificarse en «el destierro», quedará como un hermoso gesto, un rasgo más de su noble personalidad.

Ficción y realidad*

Las tan amables autoridades de esta casa me han sugerido que les dé a ustedes una idea de la Argentina y su imagen literaria, y me refiera,

* Texto de una conferencia dictada en la Universidad de Harvard, en septiembre de 1973.

de paso, a mis experiencias de escritor. Creo que mis experiencias de lector tienen más afinidad con el tema de esta conferencia. He sido y sigo siendo un lector que trata de colaborar con el escritor, un lector activo, y que alguna vez ha pecado por demasiado activo, diremos así, hasta el extremo de atribuirle al escritor cosas que el mismo escritor no ha escrito. Eso llegó a sucederme con una novela de Henry James. Hace muchos años leí *The Ambassadors*. Como quizás ustedes recuerden, si conocen la novela, un joven norteamericano lleva algunos años en París, y su madre lo manda a buscar con un viejo amigo de la casa y después con varias personas de la familia. Son los embajadores de la madre ante el joven, y también los embajadores de los Estados Unidos en Europa, esa Europa refinada, civilizada, de la cual ellos, los norteamericanos de 1900, tienen mucho que aprender. Pero a la vez Europa, según algunos personajes de la novela, tiene mucho que aprender de los Estados Unidos. ¿Acaso los norteamericanos no introducen en Europa una suerte de rectitud, de sentido moral, que a ésta suele faltarle? Bien, volvamos a mi anécdota. El señor amigo de la casa se encuentra con el joven, a quien suponemos pervertido por sus amores con una francesa, y advierte que ha cambiado favorablemente: por un lado está más maduro, más viril; por otro, más desenvuelto, más flexible, más perspicaz, menos terminante en sus opiniones. Y aquí viene un pasaje que yo creía recordar y que era lisa y llanamente una ilusión mía porque no figura en la novela. El joven, al referirse con el amigo de su madre al cambio que éste ha notado en él, le dice que tal vez, viviendo en Europa, haya ganado en sensibilidad, en apreciación intelectual y estética; si es así, habrá ganado también en sentido moral, porque el verdadero refinamiento, el refinamiento espiritual, anímico, está necesariamente unido a la moral. No encontré esa observación años después cuando releí *The Ambassadors*. Era ingenuo de mi parte buscar un pensamiento de carácter general expuesto de una manera directa, explícita, en una novela de Henry James, cuyos diálogos delicadamente ambiguos evitan toda estridencia. «He had a mind so fine that no idea could pass through it» («Tenía una inteligencia tan sutil que ninguna idea podía pasar por ella»), ha declarado Eliot de James, y quizá no sólo como elogio. Sí, la observación que yo creía recordar no estaba en la novela. ¿No estaba?, me pregunto. No dejaba de estarlo. James me había permitido hacerla por cuenta propia. La insinuaba en *The Ambassadors* con otras observaciones laterales. Un buen novelista dice, pero sugiere más de lo que dice. Cuando pinta la realidad, le da amplitud, trascendencia (hasta se da amplitud y se trasciende, se inventa a sí mismo, porque él, quiéralo o no, forma parte de esa realidad que está elaborando estéticamente). De ahí que muchas novelas admitan diversas interpretaciones, y si el lector y el crítico son perspicaces, todas serán más o menos

justas. ¿Qué ha hecho el novelista sino comunicar, tender un puente entre dos campos siempre abiertos de la existencia: la imaginación y la realidad? Al descifrar la realidad y discernir sus elementos válidos, le ofrece al lector una historia que, aparte de prolongar su vida, habrá de parecerle más cierta que su propia vida. De algún modo lo es, porque ahora descubre en ella, formulados por el novelista, esos elementos en que antes no había reparado.

Más que describir, se trata de evocar la realidad. Cuando el novelista la conoce —o cree conocerla— a fondo, no se dejará deslumbrar por los honores excesivos que aquélla parece concederle; no lo guiarán sus evidentes y, en términos generales, engañosas indicaciones. Y la realidad le prestará su apoyo, de una manera o de otra, hasta cuando el escritor prescindiera de ella. Alguien ha dicho que la ausencia de toda descripción de un medio externo es ya la descripción de un estado interno. Cuando el escritor no dice o no atina a decirnos cómo son las cosas, las cosas nos dicen tácitamente cómo es él. «Vean ustedes —parecen murmurarnos al oído— cómo está de ansioso y afiebrado nuestro interlocutor. Ya no habla con nosotras, sino consigo mismo. Delira. Ha pasado del diálogo al monólogo. Pero en ese monólogo en el cual cree hallarse solo, absolutamente solo, estamos también nosotras, las cosas, el mundo que lo rodea, integrados a él».

Discernimos, pues, entre el escritor y el mundo que lo rodea una mutua intención de favorecerse. La realidad, y la llamamos así porque algún nombre hay que darle, admite pasar a segundo plano para que conozcamos mejor a quien se dispone a trabajar con ella, y el escritor se permite no verla para verla con los ojos del alma y rehuir las imágenes convencionales que pudieran desorientarlo. En esos momentos, privilegiados momentos de éxtasis, quisiera superar el mundo de las apariencias, extraer la cosa en sí del océano hirviente de las cosas, alcanzar la verdad. Aspira a convertir sus opiniones en ideas o conocimientos, a salir del rango de los amantes de la opinión, de los filodoxos, con los cuales —dicho sea de paso— Platón no se muestra demasiado riguroso y hasta les asigna un modesto papel en su República, para entrar en el de los filósofos. En suma, olvida la realidad para darnos su esencia.

Ambición peligrosa para un novelista. Pero no debemos engañarnos por la palabra olvido. Son olvidos semiconscientes, comparables, dentro del orden literario, a la deliberada amnesia de las dificultades que padecen los virtuosos cuando ejecutan un pasaje brillante: descartando las posibles notas falsas, rompen con el «articulado», como dicen los pianistas, y toman el movimiento a su debida velocidad. Algo análogo sucede a los escritores. Recuerdo, a este propósito, una conferencia que dio Borges hacia 1955. Borges confesaba que durante mucho tiempo había tratado de redactar el